

él valeroso é ignorante, y hasta enemigo del saber, y además avaro, y á pesar de su vejez, libertino. Al saber esta noticia Maximino que gobernaba, ó mas bien oprimia el Egipto, tomó tambien el título de Augusto. Véanse pues, seis emperadores presidiendo los destinos del mundo; Constantino y Maxencio en Occidente; Maximino y Licinio en Oriente; Maximiano, á quien sostenian los primeros, y Galerio que tenía de su parte á los segundos; deteniales en su deseo de venir á las manos sólo el miedo que tenían unos de otros. Repelido Maximiano por Galerio, se refugió cerca de Constantino (308), y depuso la púrpura nuevamente; pero quiso volverla á tomar al poco tiempo. Aprovechándose del instante en que Constantino estaba ocupado en combatir á los francos, esparció la noticia de su muerte, abrió el tesoro de Arlés, y á fuerza de larguezas, invocando gloriosos recuerdos, sublevó á los galos y tendió la mano á Maxencio. Pero Constantino se presentó inmediatamente y le sitió en Marsella, y luego que le tuvo en sus manos solo le permitió elegir el género de muerte (310).

Ménos infortunado Galerio que su colega, dividió su existencia entre trabajos de utilidad pública, placeres y crueldades. Habitado á la sangre por sus persecuciones contra los cristianos, mostraba en general tanta barbarie que se tenía por feliz el que, condenado á perecer era decapitado sin ninguna agravacion de pena. Envidioso de la sabiduría y de la independencia desterró á los jurisconsultos, á los abogados, á los hombres de letras, é hizo que faltasen en los juicios los guerreros, completamente extraños á las leyes. Mas se vió devorado por úlceras vergonzosas y por repugnantes insectos, sin que pudieran proporcionarle alivio los médicos que enviaba á menudo al suplicio, ni Apolo ni Esculapio, á quienes no cesaba de invocar un sólo punto. Creyendo que el cielo le castigaba por la persecucion contra los cristianos, la suspendió por un edicto promulgado en su nombre, en el de Licinio y Constantino, y murió á poco tiempo (Febrero de 311).

Maximino acudió desde Oriente para ocupar sus provincias; no se dió tanta prisa Licinio para oponerse á este proyecto. Al fin celebraron un convenio que les dió por límites el Helesponto y el Bósforo de Tracia; pero aquello era una

transaccion de enemigos. Con efecto, las riberas fueron cubiertas de tropas. Licinio solicitó la amistad de Constantino, Maximino la de Maxencio, y fatigados los pueblos del delirio de los príncipes, permanecieron en una ansiosa expectativa.

Valeria, hija de Diocleciano y viuda de Galerio, se habia retirado cerca de Maximino, que enamorado de ella, la ofreció su mano, repudiando á su esposa; al oír su negativa, concibió tanto ódio en contra suya, que le desterró á los desiertos de la Siria con su madre Prisca. Se excedió hasta el punto de castigar con la muerte á sus amigos y á las personas que estaban á su servicio. Jamás pudo conseguir de él Diocleciano que llegasen á consolar su ancianidad su esposa y su hija.

Maxencio tiranizaba el Africa y la Italia; un emperador más que surgió de aquella provincia, le suministró ocasion de llevar allí la matanza, de entrar á saco Cirta y Cartago, y de prolongar los suplicios y las confiscaciones. Sus locas prodigalidades agotaban á Roma y á la península. Exigia en multiplicadas ocasiones donativos voluntarios de parte de los senadores; desentendaba su cólera contra ellos á la menor sospecha, á la par que deshonoraba á sus mujeres y á sus hijas por la seducción ó por la violencia. Obligó al gobernador de Roma á que le cediera Sofronia, su esposa; pero ésta, virtuosa y cristiana, pidió algunos instantes para vestirse de una manera conveniente y se quitó la vida despues de haber orado. Los soldados, á quienes consentia que imitaran su ejemplo, robaban, mataban y violaban; uno recibia de Maxencio la casa de campo de un senador, otro su esposa; mientras él se ocupaba de mágia en un voluptuoso palacio, procuraba leer en las entrañas de las mujeres ó de los niños, y se jactaba de ser el único emperador, figurando los otros como sus tenientes. El contraste hacia resaltar más la ventura de que gozaban las provincias gobernadas por Constantino, que, protegidas contra los bárbaros, habian experimentado algun alivio con la disminucion de los impuestos. A la noticia de que Maxencio reunia un ejército numeroso para arrebatarle el imperio bajo pretexto de vengar á su padre, le tomó la delantera y marchó sobre Italia, aguijoneado por el pueblo y el Senado, que le lla-

maban á redimir á la antigua reina del mundo.

Maxencio, que cifraba toda la confianza en sus soldados, se esforzaba por mantenérselos adictos. Habia reorganizado los cuerpos de los pretorianos y armado á ochenta mil italianos, agregándoles moros y además sicilianos, lo cual hacia ascender á ciento sesenta mil infantes y diez y ocho mil caballos las fuerzas de que disponia. Constantino no juntaba más que noventa mil infantes y ocho mil caballos. Habiéndolos distribuido en los puntos que eran necesarios para la defensa del territorio, sólo pudo hacer que le siguieran cuarenta mil soldados. Pero eran hombres escogidos, aguerridos contra los robustos germanos, y tenían á su cabeza un caudillo experimentado que se habia hecho amar por ellos.

Mientras su escuadra atacaba la Córcega, la Cerdeña y los puertos de Italia, traspuso él los Alpes Cottianos, y se encontró en Susa, á la falda del monte Cenis, antes de que Maxencio supiera que habia abandonado las orillas del Rhin. Despues de apoderarse de esta ciudad á viva fuerza, halla en las llanuras, donde resbala el Dora, un cuerpo de tropas italianas, cargados de hierro sus hombres y caballos, y lo aniquila. Entra en Turin, despues en Milan, y se le rinde á discrecion Verona, apenas habia vencido á Pompeyano, que la defendia hábilmente.

Durante este tiempo se hacia ilusiones Maxencio ó se aturdira en medio de los placeres; por último, sus oficiales se decidieron á hacerle presente la inminencia del peligro. Fué puesto un tercer ejército en pié de guerra, y él tomó el mando bien á pesar suyo, avergonzado de los gemidos de la muchedumbre, y alentado por esta respuesta ambigua de los libros sibilinos. *En este dia perecerá el enemigo de Roma.* A nueve millas de esta ciudad se encontraron los dos adversarios en un lugar llamado *Sava rubra*. Maxencio vió su ejército hecho pedazos, y fugitivo él cayó desde el puente Milvio en el rio Tiber. Así terminó Constantino la guerra á los cincuenta y ocho dias de su salida de Verona.

Dueño de Roma exterminó á cuantos pertenecian á la familia del tirano; pero se negó firmemente á ceder á los clamores de la muchedumbre dando muerte á los principales parti-

darios de Maxencio. Puso término á la crueldad tan luego como no fué necesaria, olvidó lo pasado, licenció á los pretorianos y destruyó su campamento. Fueron rechazados los delatores, y se hallaron consolados aquellos á quienes habia oprimido Maxencio. En dos meses, dicen los panegiristas de este soberano, quedaron cicatrizadas las llagas abiertas por seis años de tiranía.

Restituyó al Senado su brillo y obtuvo en cambio toda clase de honores. Entre los emperadores ocupó el primer puesto; se le erigió un arco de triunfo que todavia subsiste; se dedicaron á su nombre muchos edificios empezados por Maxencio, y omitimos hablar de las brillantes fiestas que atrajeron de fuera infinita muchedumbre. Constantino dió por esposa su hermana al emperador Licinio, y habiéndose negado Diocleciano á asistir á las ceremonias del matrimonio, le escribieron los emperadores cartas concebidas en tan áspero tono que tal vez fueron causa de acelerar su muerte. Constantino marchó en seguida (313) contra los francos, que reunian fuerzas para atacar el imperio, y habiéndoseles anticipado, devastó su territorio haciéndoles gran número de prisioneros, muchos de los cuales fueron arrojados á las fieras.

Entretanto no aflojaba Maximino en sus persecuciones contra los cristianos, que miraban como un castigo del cielo el hambre y la epidemia que desolaron las provincias, así como la guerra de la grande Armenia, que se sublevó porque el tirano quiso estorbar el culto del Dios verdadero. Vino á parar á una abierta ruptura con Licinio, que le habia inspirado recelos, y á quien acometió cen arrojo; pero completamente vencido huyó hasta Capadocia, y asaltado de horribles dolencias murió en Tarsos (1.º de Mayo de 313).

De este modo Licinio y Constantino quedaron dueños, el primero de todas las provincias de Oriente, el segundo de todas las de Occidente, y se podia esperar que en breve renaciera la calma. Acontecia de otro modo, pues no faltaron pretextos para hacer que se alterase. Constantino derrotó á su rival en la Panonnia y en las llanuras de la Tracia (8 de Octubre de 314) y luego le concedió la paz. Duró algun tiempo; pero habiendo perseguido Constantino á los sár-

matas y á los godos en derrota hasta el territorio de Licinio, se renovaron las querellas y la guerra fué su resultado. Nuevamente batido Licinio cerca de Adrianópolis, vió destruida en el estrecho de Galliópolis su escuadra (3 de Julio de 323), no quedándole más arbitrio que solicitar la paz que le fué concedida.

Informado Constantino de que volvía á levantar tropas y de que hasta á los bárbaros llamaba en su socorro, le previno en sus proyectos, derrotándole tan completamente, que no vió otro medio de salvacion que el de arrojarle á las plantas del vencedor y deponer la púrpura. Constantino le acogió bondadosamente, fué su voluntad que se sentara con él á la mesa y le envió á Tesalónica con toda clase de miramientos; poco despues fué ahogado, y así se halló reunido el imperio bajo la vigorosa mano de Constantino.

#### CAPITULO XVII

Edad heroica del Cristianismo.

Cuéntase que al marchar Constantino contra Italia suspendió su atencion y la de todo el ejército un verdadero prodigio, pues se le aparecieron encima del sol y en forma de cruz dos radiantes líneas con la siguiente inscripcion en letras de fuego: *Vencerás por esta señal*. Revelósele despues en sueños que era voluntad del cielo que adoptara aquella cruz por enseña, y mandó hacer una que puso en su estandarte con el monograma de Cristo, sustituyéndola á las imágenes de los dioses que se hallaban á la cabeza de los ejércitos segun costumbre.

Desde el oprobio del Gólgota ha sido llamada la cruz á guiar los ejércitos á resplandecer en la frente de los reyes, á abrir una civilizacion nueva, si bien á costa de grandes luchas y de extraordinarios sacrificios.

Ya hemos hecho mencion de los primeros que propagaron el cristianismo por el ejemplo, por la muerte, por la gracia, hasta en los confines más remotos. Resonará la voz de los apóstoles en todo el ámbito de la tierra; mas como su humildad no nos ha dejado recuerdos de todos los países en que operaron innumerables conversiones, hemos de limitarnos casi exclusivamente al mundo romano. No cabe que admita la crítica en todo su vigor la expresion

de San Justino, mártir, cuando exclama: *No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nacion, cualesquiera que sean su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se eleven en nombre de Cristo crucificado, al criador de todas las cosas*. No por eso es ménos cierto que el cristianismo se divulgó con toda celeridad, atendido el sin número de obstáculos, que bastaria esta prueba para hacer fé de su origen divino. Además de la Judea, de Italia, Grecia y Egipto, recibieron el Evangelio de boca de San Pablo las provincias situadas entre el Eufrates y el mar Egeo; háblanos el Apocalipsis de las siete iglesias asiáticas de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardas, Laodicea y Filadelfia. En Siria eran ilustres las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquia. Chipre, la Creta, la Tracia y la Macedonia acogieron á los apóstoles, quienes tambien sembraron la verdad en el seno de las antiguas repúblicas de Corinto, de Esparta y de Atenas.

Desde Edeso, donde abrazaron muchas personas el cristianismo, pudo propagarse á las ciudades griegas y siriacas, que prestaban obediencia á los sucesores de Artaxar, á despecho de la jerarquía vigorosa de los magos persas y de su intolerante culto. Recibiólo muy pronto de Siria la grande Armenia, aunque no se convirtió enteramente hasta el siglo IV, cuando Tiridato fué bautizado por San Gregorio *Illuminator*. Una cautiva cristiana lo llevó al Cáucaso impulsando á un príncipe ibero á confesar la divinidad de Jesús y á pedir misioneros á Constantinopla. Ya en el siglo II se hallaban traducidos los libros santos en Etiopía, y en seguida se estableció la iglesia por Frumencio, quien despues de haber convertido el Negro y la nacion, fundó el obispado de Axo.

Pero así como las ciudades antiguas querian traer su origen de los semi-dioses, aspiraron las iglesias en gran número al honor de haber sido fundadas por los apóstoles, y algunas de ellas aun subsistiendo testimonios en contra. Sulpicio Severo atestigua que la religion de Cristo no pasó hasta muy tarde al otro lado de los Alpes, y cita una populosa aldea donde todavía nadie conocia á Jesucristo en su tiempo. Sólo aparecen en las Galias las iglesias de Lyon

y de Viena bajo los Antoninos, y bajo Decio únicamente las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París. Si bien es cierto que muchas ciudades abrazaron la fé cuando aún podia costar el martirio, la masa de la poblacion no se hizo cristiana hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martin de Tours y de su sucesor San Bricio, de San Corentino de Quimper, de San Marcelo de Paris fué recompensado con gloriosos triunfos.

Sin prestar asenso á la idea de que el año 180 enviara el papa Eleuterio misioneros á la Gran Bretaña á instancias de un rey denominado Lucio, leemos en Tertuliano que *los cambrios y los caledonios, invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo*.

Santiago el Mayor, á quien atribuyen su conversion los españoles, no aparece haber salido de Palestina, donde padeció martirio nueve años despues de Jerucristo y antes de la dispersion de los apóstoles. Cubre igual incertidumbre el origen de las iglesias de Africa, en las que prosperó la buena semilla, merced á los obispos establecidos en gran número hasta en las más pequeñas ciudades, y al celo de los elocuentes campeones de la fé, especialmente de San Cipriano. Ya en tiempo de Neron, treinta y tres años despues de la muerte de Cristo, habia en Roma muchos cristianos; ya se distinguian bien á las claras de los judíos; ya no se les puede castigar sino inventando contra ellos absurdas calumnias; ya han logrado penetrar en provincias remotas, á la par que se vanaglorian de haberlos extirpado, como de un triunfo. Luciano halla el Ponto, su patria, invadido por epicúreos y cristianos. A los ochenta años de la venida de Cristo se querella Plinio de que están desiertos los templos y de que carecen las víctimas de compradores, y acusa de ello á esta supersticion cristiana divulgada hasta en las cabañas y chozas.

A la sazón no eran los prosélitos solamente gentes vulgares; hallábase Plinio de *todas condiciones y edades*. Tertuliano declaraba al próconsul, que si persistia en hacer la guerra á los cristianos de Cartago tendria que diezmar la ciudad, y encontraria muchos delincuentes de su categoria, senadores, matronas, amigos. Supone el edicto del emperador Valeriano haber

sido convertidos senadores, caballeros y damas de encumbrada estirpe.

Esta difusion fué favorecida en parte por circunstancias humanas; aun cuando se habian vedado por un edicto de Augusto las nuevas sociedades, se toleró al principio como una secta judáica el cristianismo. Hallándose reunido el mundo civilizado en la extension del imperio, sus propagadores no tuvieron que luchar contra enemistades nacionales, y redundaron de este modo en provecho suyo las conquistas de los romanos. Agréguese á esto el uso del idioma griego adoptado por los apóstoles, que, propagado en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro, siendo al propio tiempo el más perfeccionado, se conocia en Italia y en las Galias por todas las personas educadas liberalmente. Hombres llenos de erudicion y profundamente versados en las bellas letras, no tardaron en ganar la estimacion de las clases superiores hácia la enseñanza de los pescadores galileos, desdeñada en un principio, y se expuso en el habla de Aristóteles y de Platon un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de los demas filosofías.

Vanamente procuraban los hombres aturdirse en medio de los negocios y de los deleites, pues no podian sofocar en las conciencias aquel poderoso instinto que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido, qué será despues de la muerte. ¿Qué podian responder á semejantes cuestiones el orgullo de los estóicos, la depravacion epicúrea, la grosería de los cínicos, el escepticismo académico? Hasta los mejores maestros engendraban el deseo de la verdad en vez de aplacarlo, respondiéndole con dudas y sutilezas, cuando el alma demandaba el reposo de la certidumbre.

¿Podia ofrecer esta certidumbre la religion pagana? Casi habian perdido su voz los oráculos, desde que se habian hecho secretos los negocios por tratarse en el consejo de los reyes; era difícil preveer la decision de ellos y hasta peligroso revelarla; además, parecia inútil persuadir en nombre de los dioses lo que imponia el decreto de un soberano. Aparecia la muchedumbre cansada de los antiguos dioses; tanta prisa se daba á introducir nuevas divinidades,